



NO TIEMBLAS, EUROPA

Todo alrededor se mueve, se conmueve, es mueble, movable, moviente o semoviente. En Inglaterra caen los conservadores y advienen los laboristas; en la Alemania Federal Willy Brandt desaparece en un torbellino; en Portugal mueren los muertos y los claveles no son para sus tumbas; en Francia la sociedad apuesta por una nueva sociedad; en Italia se despedaza una tradición secular y se instaura el divorcio... Y así en toda Europa, más o menos. Sólo nosotros permanecemos inmobiliarios, inmóviles, inmutables, inmanentes, imantados por nuestra propia gravedad, grávidos de nosotros mismos, repitiendo interminablemente el momento de nuestra propia creación. Frente al "siendo" de Europa, nosotros somos el "es". Europa es un ser siendo, un proceso, uno de esos ríos en el que uno no puede bañarse dos veces, el río que va a dar a la mar, que es el vivir, y no el morir. El sendero andante que al llegar al mar se hace sendero innumerable, libre. Nosotros somos el es que es, somos lo que somos, radicales y graníticos, sol de nuestra luna, luna de nuestro sol, puro ensimismamiento, cualidad, esencia, quintaesencia, protosustancia, especie protozoica, simios de nosotros mismos, durables, incambiables, inarrugables, inasequibles. Más allá del bien y del mal, más allá y más acá, más a la derecha y más a la izquierda, fuera de toda posible historia, teniendo más alma que nadie porque no la gastamos, damos razón de eternidad, de fidelidad, de lealtad y somos la prueba incontestable de que todo se mueve en torno, pues si también nos moviésemos nosotros sería como si no se moviese nada, faltaría la referencia, el módulo.

Así, por tanto, no tiembles, Europa. Sigue tu camino, cayéndote y levantándote, realizando la titánica historia de tus sociedades, imaginando lo que vives, viviendo lo que sueñas, sembrando, desarraigando, eligiendo, divorciándote... Aquí estamos nosotros, el bastión, la almena, el menhir, fijos, clavados, enhiestos, para decirte: "Sigue, sigue, querida, lejana Europa: ¡Tú vives!".

LICANTROPO



DESDE Glasgow hasta Bruselas, la odisea del Atlético de Madrid ha llenado páginas de ira, resignación y pena en los periódicos de nuestro país. La sanciones de la UEFA estuvieron a punto de convertirse en gota de ramadora de vasos patrióticos. De haber hecho caso a algunos comentaristas, hubiéramos invadido Europa y, a estas horas, la tercera guerra mundial estaría en pleno apogeo. A mí particularmente, me hubiera gustado ser el Atlético de Madrid y soñarme símbolo de nuestra España, y pensar que Europa me tenía manía, y que las patadas proporcionadas a los jugadores del Celtic fueron injustamente castigadas por la UEFA, en descarado manifiesto político antiespañol. Pero, no soy el Atlético de Madrid. Soy sólo un idiota alejado del fútbol y consciente de otros problemas. Soy uno que vive en una casa cuya renta —dado el «per cápita» nacional— es casi usuraria y que tiene las siguientes ventajas: Cuando el vecino de arriba cierra el armario, parece como si me diese un portazo en las orejas; controlo todas sus aguas —mayores y menores— en fisiológi-



OIGO, PATRIA, TU AFLICCION

cas sinfonías que culminan en el in crescendo de la cadena del retrete; utilizo, a guisa de despertador, el ruidete de su máquina de afeitar y, cuando hace el amor, estímulo mi eros imaginativo en un festival de suspiros que atraviesan las paredes con el único objeto de humillarme al recordarme que ligo menos que Isabel la Católica. El otro día subió el portero y me preguntó si la cisterna del lavabo tenía algún escape. Dije que sí, pero que el agua se deslizaba mansamente por el inodoro sin peligro de inundaciones. «No es eso —respondió— es que

se quejan los vecinos de que no pueden dormir». Bien. Teniendo en cuenta que son 50 los vecinos y todos —además— tienen nevera, y que las neveras funcionan toda la noche, y que rara es la casa cuyos frigoríficos no suenan, calculé que los ciudadanos de medios pelos —como yo— no podremos dormir jamás.

Posiblemente, en Europa nos tienen manía y por eso los constructores hacen unas casas carísimas con materiales destinados al insomnio nacional. Para que nos jorobemos escuchando las maldades de la UEFA en el televisor del vecino. Y los ronquidos de don Emilio, las tripas de Carmencita y las gárgaras de A. Ramón. Pero, de esto no suele leerse nada en los periódicos. ¡En cambio del Atleti...! Cualquier cosilla que le pasa a él se convierte en motivo de insidia antiespañola. Por eso me gustaría a mí ser el Atlético de Madrid, para que todos los que padecen el ruido del secador de doña Concha, se uniesen en una campaña contra ese continente que tan mal me trata en asuntos de balompié...

LEOBARDO